

RETRATO DEL JOVEN ARTISTA

*Et ignotas animum dimittit in artes*¹.

OVIDIO,
Las metamorfosis, VIII, 188

¹ «Y dedicó su mente a las artes ignotas». Ovidio se refiere a Dédalo, el mítico arquitecto del laberinto de Creta, que escapó de la prisión construyéndose unas alas para él y para su hijo, Ícaro. su hijo voló demasiado alto; el calor del sol derritió sus alas, y cayó de muy alto y murió.

CAPÍTULO I

ÉRASE una vez y muy buena vez una vaquita que hacía mu que venía por el camino y esta vaquita que venía por el camino se encontró con un niño muy guapito llamado pichurrito...

Su padre le contó esa historia: su padre lo miró a través de un cristal²; tenía la cara peluda.

Él era pichurrito. La vaca venía por el camino donde vivía Betty Byrne, que vendía caramelos de limón³.

Oh, florece la rosa silvestre
entre el verdor de lo campestre.

Esa canción cantaba. Esa era su canción.

Oh, la vedde dosa fodece.

Cuando mojas la cama primero está caliente y luego se enfría. Su madre ponía un hule debajo. Tenía un olor un poco raro.

La madre olía mejor que el padre. Tocaba al piano en el baile de los marineros⁴ para que él bailara. Y él bailaba:

² El señor Dedalus lleva un monóculo, al igual que el padre de Joyce.

³ *Lemon platt* en el original: palitos retorcidos de azúcar de cebada con sabor a limón.

⁴ Se trata de un baile muy animado y popular entre los marineros.

Tralala lala
Tralala lala,
Tralala tralaladi,
Tralala lala.

El tío Charles y Dante⁵ daban palmas. Eran mayores que su padre y su madre, pero el tío Charles era mayor que Dante.

Dante tenía dos cepillos en su armario. El cepillo con el dorso de terciopelo marrón era para Michael Davitt⁶, y el cepillo con el dorso de terciopelo negro era para Parnell. Dante le daba un caramelo cada vez que él le llevaba un pañuelo de papel.

Los Vance vivían en el número siete. Tenían un padre y una madre distintos. Eran el padre y la madre de Eileen⁷. Cuando los dos fueran mayores, se casaría con Eileen. Se escondió debajo de la mesa. La madre dijo:

—Vaya, Stephen se disculpará.

Dante dijo:

—Y si no, vendrán las águilas y le sacarán los ojos.

Le sacarán los ojos,
discúlpate,
discúlpate,
le sacarán los ojos.

Discúlpate,
le sacarán los ojos,
le sacarán los ojos,
discúlpate.

* * *

⁵ Dante es la pronunciación infantil de «Auntie» (tía). Stanislaw Joyce decía que es como él y sus hermanos llamaban a la señora Conway, que vivió un tiempo con ellos y le dio a James sus primeras clases.

⁶ Michael Davitt fue un patriota irlandés (1846-1906), fundador de la Liga de la Tierra y partidario de Parnell.

⁷ Eileen Vance: el nombre verdadero de la chica que vivía cerca de los Joyce en el 4 de Martello Terrace, Bray. Dante desaprobaba esa amistad porque los Vance eran protestantes.

Los extensos patios eran un hervidero de niños. Todos chillaban, y los prefectos los animaban con fuertes gritos. El aire de la tarde era pálido y gélido, y después de cada carga y cada batacazo de los jugadores de *rugby*, la grasienta esfera de cuero surcaba el aire gris como un pesado pájaro. Él se mantenía al borde de su línea, donde el prefecto no pudiera verlo, fuera del alcance de los rudos pies, y de vez en cuando fingía correr. Su cuerpo resultaba pequeño y débil entre la muchedumbre de jugadores, y tenía mala vista y los ojos llorosos. Rody Kickham no era así: todos los profesores decían que sería capitán de la tercera línea.

Kickham el Rojo era un buen tipo, pero Roche el Malo era un miserable. Kickham el Rojo tenía espinilleras en su taquilla, y un cesto con la ropa sucia en el refectorio. Roche el Malo tenía las manos grandes. Al pudín del viernes lo llamaba perro en la manta⁸. Y un día había preguntado:

—¿Cómo te llamas?

Stephen había contestado: Stephen Dedalus.

Acto seguido Roche el Malo había dicho:

—¿Qué nombre es ese?

Y como Stephen no había sido capaz de contestar, Roche el Malo había dicho:

—¿Qué hace tu padre?

Stephen había contestado:

—Es un caballero.

Acto seguido Roche el Malo había preguntado:

—¿Es juez?

Avanzó lentamente de un punto a otro por el borde de su línea, con alguna esporádica carrerita. Pero tenía las manos azuladas de frío. Tenía las manos en los bolsillos laterales de su chaqueta gris con cinturón. Era un cinturón que le rodeaba el bolsillo. Y el cinturón también se utilizaba

⁸ Este pudín del viernes llevaría carne o riñones, y la pasta de fuera sería como una manta que envolviera la carne de mala calidad de dentro, que recordaría a un perro.

cuando decían «Te voy a dar con la correa». Un día un profesor le dijo a Cantwell:

—Te daría con la correa sin pensarlo.

Cantwell había contestado:

—Adelante, me gustaría verlo. Dele a Cecil Thunder con la correa. Me gustaría verlo. Le contestaría con una patada en el culo.

Eso no era una bonita expresión. Su madre le había dicho que no hablara con los chicos duros del colegio. ¡Qué buena madre! El primer día, en la entrada del castillo, cuando se despidió de él, se dobló el velo hasta la nariz para besarlo: tenía la nariz y los ojos encarnados. Pero él fingió no darse cuenta de que su madre estaba llorando. Era una buena madre, pero no le gustaba tanto cuando lloraba. Y su padre le había dado dos monedas de cinco chelines para gastar en lo que quisiera. Y su padre le había dicho que si quería cualquier cosa, le escribiera para pedírselo, y que hiciera lo que quisiera, pero que nunca fuera un chivato. Después, en la puerta del castillo, el rector había estrechado la mano de su padre y de su madre, con la sotana aleteando al viento, y el coche se había llevado a su padre y su madre. Lo habían llamado desde el coche y se habían despedido con la mano:

—¡Adiós, Stephen, adiós!

—¡Adiós, Stephen, adiós!

Se vio atrapado el torbellino de una melé, y, temeroso del brillo de aquellos ojos y de las botas enfangadas, se agachó para mirar a través de las piernas. Sus compañeros forcejeaban y gruñían, y había un roce de piernas que daban patadas al aire y el suelo. Entonces las botas amarillas de Jack Lawton impulsaron la pelota y todas las demás botas fueron corriendo detrás. Stephen corrió un poco y se paró. Era inútil seguir corriendo. Pronto volverían a casa para las vacaciones. Después de la cena, en la sala de estudio, cambiaría el número que tenía pegado en la parte interior del pupitre de setentaysiete a setentayséis.

Se estaría mucho mejor en la sala de estudio que en el frío de la intemperie. El cielo era pálido y frío, pero había luces en el castillo. Se preguntó desde qué ventana Hamilton Rowan⁹ había arrojado su sombrero sobre el foso seco y si en aquella época había arriates de flores bajo las ventanas. Un día que lo habían invitado al castillo, el mayordomo le enseñó las marcas de las balas de los soldados en la madera de la puerta y le dio una galleta de mantequilla de las que comía la comunidad. Ver las luces del castillo era bonito y le daba una sensación de calidez. Era como las cosas que ves en los libros. Quizá la abadía de Leicester era así. Y había hermosas frases en el *Libro de Ortografía* del doctor Cornwell. Eran como poesía, aunque solo se trataba de frases para aprender ortografía.

Wolsey murió en la abadía de Leicester
donde los abades lo enterraron.

El cancro es una enfermedad de las plantas,
el cáncer es una enfermedad de los animales.

Qué agradable sería tumbarse en la alfombra de delante del fuego, apoyar la cabeza sobre las manos y pensar en esas frases. Se estremeció como si tuviera un agua fría y viscosa junto a la piel. Qué malo había sido Wells al empujarlo a la zanja de los urinarios porque no quería cambiarle su cajita de rapé por la castaña pilonga de Wells, vencedora de cua-

⁹ Hamilton Rowan fue un patriota irlandés (1751-1834) del que se cuenta que se escondió en una habitación secreta del Castillo de Clongowes después de despistar a los soldados ingleses que lo perseguían arrojando su sombrero en un foso seco. Su reputación de radical condujo a su encarcelamiento en la prisión de Newgate, en Dublín. Posteriormente huyó a Francia, donde fue detenido por espionaje e interrogado por Robespierre. Posteriormente huyó a Filadelfia, en Estados Unidos, y regresó a Irlanda para morir.

renta contiendas¹⁰. ¡Qué fría y viscosa estaba el agua! Un tipo había visto saltar una rata dentro de la suciedad. Su madre estaba sentada junto al fuego con Dante, a la espera de que Brigid les llevara el té. Tenía los pies apoyados en el parachispas, y sus zapatillas enjoyadas estaban muy calientes y desprendían un olor cálido y delicioso. Dante sabía muchas cosas. Le había enseñado dónde estaba el canal de Mozambique, cuál era el río más largo de América y el nombre de la montaña más alta de la Luna¹¹. El padre Arnall sabía más que Dante, porque era sacerdote, pero su padre y el tío Charles decían que Dante era una mujer inteligente y muy leída. Después de cenar Dante producía ese ruido característico y se llevaba la mano a la boca: eso era acidez.

Una voz gritó a lo lejos, en el campo:

—¡Todos dentro!

Enseguida otras voces gritaron desde las líneas tercera e inferior:

—¡Todos dentro! ¡Todos dentro!

Los jugadores cerraron filas, sofocados y embarrados, y Stephen se colocó entre ellos, contento de entrar en el círculo. Kickham el Rojo sujetaba la bola por el cordón grasiento. Un compañero le pidió dar una última patada: pero él siguió caminando sin contestarle. Simon Moonan le dijo que no lo hiciera porque el prefecto estaba mirando. El chaval se volvió hacia Simon Moonan y le dijo:

—Todos sabemos por qué lo dices. Eres el pelota de McGlade.

¹⁰ Se refiere a una castaña pilonga atada a una cuerda. Se hacían chocar una contra otra, y la que no se rompía ganaba. Por eso esta es vencedora de cuarenta contiendas.

¹¹ Se trata de lugares que indican el interés de Dante por la religión: Mozambique, en la parte portuguesa de África, fue la primera parada de san Francisco Javier en su camino de Portugal a las Indias Orientales. El Misisipi lo exploraron católicos franceses y muchos de los accidentes físicos de la Luna fueron bautizados por el jesuita Riccioli de Bolonia en 1651.

Pelota era una palabra rara. El alumno llamaba así a Simon Moonan porque al prefecto solía atarle las mangas falsas¹² a la espalda y el prefecto fingía enfadarse. Pero era una palabra fea. Una vez se lavó las manos en el lavabo del Hotel Wicklow y su padre tiró de la cadena del tapón y el agua sucia se fue por el agujero del desagüe. Y cuando hubo desaparecido toda lentamente por el agujero, se escuchó un ruido parecido a ese: *suck*¹³. Solo que más fuerte.

Al recordar eso y el aspecto blanco del lavabo, sintió frío y después calor. Había dos grifos que podías girar para que saliera agua: fría y caliente. Sintió frío y después un poco de calor: podía ver los nombres impresos en los grifos. Eso fue bastante raro

Y el aire del pasillo también lo dejó helado. Era raro y un tanto húmedo. Pero pronto encenderían el gas y al arder emitiría un ruidito que parecería una cancioncilla. Siempre era igual: y cuando los alumnos dejaban de hablar en la sala de juegos, podías oírlo perfectamente.

Era la hora de las sumas. El padre Arnall escribió una suma difícil en la pizarra y dijo:

—Vamos a ver, ¿quién ganara? ¡Adelante, York! ¡Adelante, Lancaster!¹⁴.

Stephen se esforzó al máximo, pero la suma era demasiado difícil y se confundió. La pequeña escarapela de seda que mostraba una rosa blanca y que llevaba prendida en el pecho de la chaqueta comenzó a aletear. No se le daban bien las sumas, pero lo dio todo de sí para que York no perdiera. El padre Arnall ponía un gesto ceñudo, pero no estaba

¹² Estas mangas falsas eran dos tiras de tela que colgaban de los hombros de la sotana del prefecto, y que parecían dos mangas extra. Se dice que representan la toga académica.

¹³ *Suck* es la palabra que he traducido por «pelota».

¹⁴ La casa de York, cuyo emblema era una rosa blanca, y la de Lancaster, cuyo emblema era una rosa roja, se enfrentaron en la guerra civil conocida como la guerra de las Dos Rosas, que duró desde 1455 hasta 1487.

enfadado: estaba riendo. Entonces Jack Lawton hizo crujir los dedos y el padre Arnell miró su cuaderno y dijo:

—Correcto. ¡Bravo, Lancaster! Gana la rosa roja. ¡Vamos, York! ¡Adelante!

Jack Lawton lo miraba desde su lado. La pequeña escarapela de seda con la rosa roja le quedaba muy bien porque llevaba una camisa azul de marinero. Stephen se fijó también en que se había sonrojado, y pensó en todas las apuestas acerca de quién quedaría primero en la clase de elemental¹⁵, si él o Jack Lawton. Alguna semana, Jack Lawton quedaba el primero, y otras semanas él. La escarapela de seda blanca aleteaba y aleteaba mientras calculaba la suma siguiente y escuchaba la voz del padre Arnall. Pero enseguida todo su entusiasmo desapareció y sintió la cara bastante fría. Se dijo que debía de tener la cara blanca, porque estaba muy fría. No halló la solución a la suma, pero no importaba. Rosas blancas y rosas rojas: era hermoso pensar en esos colores. Y las tarjetas que te daban cuando quedabas en primer, segundo y tercer lugar también eran de colores hermosos: rosa, crema y lavanda. También era bonito pensar en rosas de color lavanda, crema y rosado. A lo mejor las rosas silvestres eran de esos colores, y se acordó de una canción sobre una rosa silvestre que florece en un pequeño lugar verde. Pero no había rosas verdes. Aunque quizá podías encontrarlas en algún lugar del mundo.

Sonó la campana y los alumnos comenzaron a salir de las aulas y enfilaron los pasillos en dirección al refectorio. Se sentó mirando los dos trozos de mantequilla en el plato, pero fue incapaz de comer el pan húmedo. El mantel estaba húmedo y reblandecido. Pero se bebió el té caliente y flojo que el torpe pinche, con un delantal blanco a la cin-

¹⁵ Elemental era la clase de los más pequeños. Luego venían, de inferior a superior, tercero, segundo y primero de gramática, poesía y retórica. Estos se agrupaban en tres «líneas»; elemental y tercero de gramática formaban la línea inferior.

tura, le sirvió en la taza. Se preguntó si el delantal del pinche también estaba húmedo o si todas las cosas blancas eran frías y húmedas. Roche el Malo y Saurin bebían cacao que su familia les mandaba en latas. Decían que no podían beber té; que era agua sucia. Sus padres eran magistrados, decían los alumnos.

Todos los chicos le parecían muy raros. Todos tenían padres y madres y ropas y voces diferentes. Cómo anhelaba estar en casa y reposar la cabeza sobre el regazo de su madre. Pero no podía: y qué ganas tenía de que el juego, el estudio y la oraciones terminaran, y volver a la cama.

Se bebió otra taza de té caliente y Fleming dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo o qué?

—No sé, dijo Stephen.

—Tienes el estómago revuelto, dijo Fleming, porque estás blanco como un papel. Se te pasará.

—Sí, claro, dijo Stephen.

Pero no le dolía el estómago. Se dijo que le dolía el corazón, si es que eso podía doler. Fleming era muy amable al preguntarle. Tenía ganas de llorar. Apoyó los codos sobre la mesa y se tapó y destapó las orejas. Oía el ruido del refectorio cada vez que abría las orejas. Producía un rugido que parecía un tren nocturno. Y cuando cerraba las orejas, el rugido se interrumpía como cuando un tren entra en un túnel. Aquella noche en Dalkey el tren había rugido de manera parecida, y después, cuando entró en el túnel, el rugido cesó. Cerró los ojos y el tren siguió avanzando, rugiendo y dejando de rugir. Le gustaba escuchar cómo rugía y dejaba de rugir, y cómo volvía a rugir al salir del túnel y dejaba de hacerlo.

En aquel momento los alumnos de la línea superior comenzaron a circular por la alfombra que había en mitad del refectorio: Paddy Rath y Jimmy Magee y el español al que le permitían fumar cigarrillos y el pequeño portugués que llevaba el gorro de lana. Y después fueron saliendo los de las mesas de la línea inferior y las de la tercera línea. Y todos tenían una manera de andar diferente.

Stephen estaba sentado en un rincón de la sala de juegos fingiendo presenciar una partida de dominó, y un par de veces consiguió escuchar por un instante el soniquete del gas. El prefecto estaba en la puerta con algunos muchachos, y Simon Moonan estaba anudando sus falsas mangas. Le contaba algo de Tullabeg¹⁶.

Acto seguido se alejó de la puerta y Wells se acercó a Stephen y le dijo:

—Cuéntanos, Dedalus, ¿le das un beso a tu madre antes de ir a la cama?

Stephen contestó:

—Sí.

Wells se volvió a los demás y les dijo:

—Hay que ver, he aquí un chaval que besa a su madre cada noche antes de irse a la cama.

Los demás interrumpieron la partida y se dieron la vuelta, riendo. Stephen se sonrojó en los pómulos y dijo:

—No le doy un beso.

Wells dijo:

—Hay que ver, he aquí un chaval que no besa a su madre antes de irse a la cama.

Todos volvieron a reír. Stephen intentó reír con ellos. Al cabo de un momento todo su cuerpo estaba acalorado y confuso. ¿Cuál era la respuesta correcta a la pregunta? Había dado dos respuestas y Wells seguía riendo. Pero Wells debía de saber la respuesta correcta, pues estaba en tercero de gramática. Intentó pensar en la madre de Wells, pero no se atrevió a levantar los ojos para mirarlo. No le gustaba la cara de Wells. Había sido Wells quien lo había empujado a la zanja el día antes porque no había querido cambiarle su cajita de rapé por su castaña pilonga, vencedora en cuarenta contiendas. Había estado muy feo; todos los compañe-

¹⁶ Se trata de otra escuela jesuita que cerró en 1886. El profesorado y los alumnos fueron trasladados a Clongowes Wood.

ros lo dijeron. ¡Y que fría y viscosa había estado al agua! Y uno de los alumnos había visto saltar una gran rata dentro de la espuma.

El ceno frío de la zanja le cubría todo el cuerpo; y cuando sonó el timbre para el estudio y las filas fueron abandonando las salas de juegos, sintió el aire frío del pasillo y la escalera colándosele bajo la ropa. Intentó pensar en cuál era la respuesta correcta. Besar a tu madre, ¿estaba bien o mal? ¿Qué significaba besar? Levantabas la cara para decir buenas noches y acto seguido tu madre bajaba la cara. Eso era besar. Su madre le acercaba los labios a la mejilla; los labios de su madre eran blandos y le humedecían la mejilla; y hacían un ruidito: el beso. ¿Por qué dos personas hacían eso con la cara?

Sentado en la sala de estudio, abrió la tapa de su pupitre y cambió el número que estaba pegado dentro: quitó el setentaysiete y puso el setentayséis. Pero las vacaciones de Navidad aún quedaban muy lejos: pero acabarían llegando porque la Tierra daba vueltas.

En la primera página del libro de Geografía había un dibujo de la Tierra: una gran bola en mitad de las nubes. Fleming tenía una caja de lápices de colores, y una noche, en la hora de estudio libre, había coloreado la tierra de verde y las nubes de marrón. Eran como los dos cepillos del armario de Dante: el cepillo con el dorso del terciopelo verde para Parnell y el cepillo con el dorso de terciopelo marrón para Michael Davitt. Pero él no le había dicho a Fleming que pusiera esos colores. Lo había hecho por su cuenta.

Abrió el libro de Geografía para estudiar la lección, pero fue incapaz de aprenderse los nombres de los lugares de América. Eran todos lugares diferentes con nombres diferentes. Estaban todos en países diferentes y los países estaban en continentes y los continentes estaban en el mundo y el mundo estaban del universo.

Pasó a la guarda del libro de Geografía y leyó lo que había escrito allí: él mismo, su nombre y dónde estaba.

Stephen Dedalus
Clase elemental
Clongowes Wood College
Salins
Condado de Kildare
Irlanda
Europa
El Mundo
El Universo

Eso estaba escrito con su letra: y Fleming, una noche, para burlarse, había escrito en la página opuesta:

Stephen Dedalus me dieron en llamar,
Irlanda es mi nación,
Clongowes es mi hogar
y el cielo mi ilusión.

Leyó los versos al revés, pero no eran poesía. A continuación leyó la guarda de abajo arriba hasta llegar a su nombre. Ese era él: y volvió a leer la página. ¿Qué había después del universo? Nada. Pero ¿había algo que rodeara al universo, o allí donde este cesaba comenzaba la nada? No podía ser un muro, pero quizá sí una línea fina que lo rodeara todo. Era tremendo pensar en todo y en todas partes. Solo Dios podía hacerlo. Intentó concebir lo que debía de ser un gran pensamiento, pero solo pudo pensar en Dios. Dios era el nombre de Dios al igual que su nombre era Stephen. *Dieu* era como los franceses llamaban a Dios, y también el nombre de Dios; y cuando alguien le rezaba a Dios y decía *Dieu*, entonces Dios sabía enseguida que quien le rezaba era un francés. Pero aunque había diferentes nombres para Dios en todos los idiomas del mundo, y Dios comprendía lo que la gente decía en sus diferentes idiomas, Dios seguía siendo el mismo Dios, y el nombre verdadero de Dios era Dios.

Pensar así lo dejó agotado. Sintió que tenía la cabeza muy grande. Pasó la guarda, y miró agotado la tierra verde y redonda en mitad de las nubes marrones. Se preguntó qué era lo correcto, si estar a favor del verde o el marrón, porque un día Dante había arrancado con unas tijeras el terciopelo verde del dorso del cepillo que era para Parnell¹⁷ y le había dicho a Stephen que Parnell era una mala persona. Si preguntaba si es su casa discutían por eso. A eso lo llamaban política. Había dos bandos: Dante estaba en uno, y su padre y el señor Casey estaban en el otro, pero ni su madre ni el tío Charles estaban en ningún bando. Cada día el periódico hablaba de ello.

Le molestaba no saber lo que significaba la política y no saber dónde terminaba el universo. Se sintió pequeño y débil. ¿Cuándo sería como los alumnos que estaban en poesía y retórica? Tenían una voz atronadora y unas grandes botas y estudiaban trigonometría. Eso le quedaba muy lejos. Primero vendrían las vacaciones y luego el trimestre siguiente y luego las vacaciones y de nuevo otro trimestre y de nuevo las vacaciones. Era como un tren que entrara y saliera de un túnel y era como el ruido de los muchachos que comían en el refectorio cuando te tapabas y destapabas las orejas. Clases, vacaciones; entrar en el túnel, salir; ruido, silencio. ¡Cuánto faltaba todavía! Era mejor irse a la cama y dormir. Solo quedaba las oraciones en la capilla y a la cama. Se estremeció y bostezó. Sería estupendo estar en la cama después de que las sábanas se hubieran calentado un poco. Cuando te metías, estaban muy frías. Tembló al pensar en lo frías que estaban al principio. Pero después se calentaban y podía dormirse. Era una delicia estar cansado. Volvió a bostezar. Las oraciones nocturnas y luego a la cama: tembló y quiso bostezar. En unos minutos sería estupendo.

¹⁷ Para más información sobre Parnell, ver la introducción de esta edición.

Sintió un cálido resplandor subiendo de las sábanas frías y temblorosas, cada vez más caliente hasta que sintió el calor en todo el cuerpo, y a pesar del calor tembló un poco y siguió teniendo ganas de bostezar.

Sonó la campana que anunciaba las oraciones nocturnas y salió de la sala de estudio detrás de los demás y bajó la escalera y anduvo por los pasillos hasta la capilla. En los pasillos había poca luz, y en la capilla había poca luz. Pronto estaría todo oscuro y dormirían. En la capilla se colaba el frío aire nocturno, y los mármoles tenían el color del mar por la noche. El mar estaba frío día y noche: pero estaba más frío por la noche. El rompeolas que había junto a la casa de su padre era frío y oscuro. Pero el hervidor se calentaría en el fogón para preparar ponche.

El prefecto de la capilla rezaba por encima de su cabeza y su memoria conocía todas las respuestas:

Oh Señor, abre nuestros labios
y nuestras bocas proclamarán tus alabanzas.
¡Acude en nuestro auxilio, oh Dios!
¡Oh Dios, ayúdanos pronto!

En la capilla olía a frío. Pero era un olor santo. No era como el olor de los viejos campesinos que se arrodillaban al fondo de la capilla en la misa dominical. Que era un olor de aire y lluvia y tierra y pana. Pero eran campesinos muy santos. Le respiraban en la nuca y suspiraban al rezar. Vivían en Clane, dijo uno de los alumnos: había visto algunas casitas y una mujer de pie en la media puerta de una casita con un niño en brazos mientras pasaban los coches procedentes de Salins. Sería estupendo dormir una noche en esa casita junto al fuego de la tierra húmeda, en la oscuridad iluminada por el fuego, en la cálida oscuridad, respirando el olor de los campesinos, el aire y la lluvia y la tierra y la pana. ¡Pero, oh, la carretera entre los árboles estaba oscura! Te perderías en la oscuridad. Le dio miedo pensar en lo que se encontraría.

Escuchó la voz del prefecto en la capilla diciendo la última oración. Él también rezó contra la oscuridad de fuera, bajo los árboles.

Oh Señor, te suplicamos que visites esta morada y alejes todas las trampas del enemigo. Que tus santos ángeles mueren en ella para que tengamos paz y que tu bendición caiga siempre sobre nosotros a través de Cristo nuestro Señor. Amén.

Le temblaron los dedos mientras se desvestía en el dormitorio. Les dijo a sus dedos que se dieran prisa. Tuvo que desvestirse y arrodillarse y decir sus oraciones antes de que bajaran el gas para no ir al infierno cuando muriera. Se quitó los calcetines y se puso rápidamente el camisón y se arrodilló temblando junto la cama y repitió sus oraciones rápidamente, temiendo que bajaran el gas. Le temblaban los hombros mientras murmuraba:

¡Dios bendiga a mis padres y los libre de todo mal!

¡Dios bendiga a mis hermanos y los libre de todo mal!

¡Dios bendiga a Dante y al tío Charles y los libre de todo mal!

Se santiguó y se metió rápidamente en la cama, estiró la punta del camisón hasta los pies y se acurrucó bajo las sábanas blancas y frías, sacudiéndose y temblando. Pero no iría al infierno cuando muriera, y el temblor se detendría. Una voz les dio las buenas noches a los chicos del dormitorio. Stephen se asomó un momento por encima del tapamiento y vio las cortinas amarillas que rodeaban su cama e impedían que se le viera desde los cuatro costados. Bajaron la luz suavemente.

Los zapatos del prefecto se alejaron. ¿Dónde? ¿Escaleras abajo y por los pasillos o hasta su habitación, que estaba al final? El prefecto veía en la oscuridad. ¿Era cierto lo del perro negro que se paseaba por la noche con unos ojos tan grandes

como lámparas de carruaje? Decían que era el fantasma de un asesino. Un escalofrío se propagó por todo su cuerpo. Vio el oscuro vestíbulo del castillo. Viejos criados con vestidos viejos pululaban por la sala de planchar, encima de las escaleras. Había ocurrido hacía mucho tiempo. Los viejos criados estaban en silencio. Había un fuego, pero el vestíbulo seguía estando oscuro. Una figura subía las escaleras procedente del vestíbulo. Llevaba la capa blanca de mariscal¹⁸; tenía la cara pálida y rara; llevaba un brazo en jarras. Con sus ojos raros miraba a los viejos criados. Ellos le miraban a él y veían la cara y la capa de su señor, y sabían que había recibido una herida mortal. Pero allí donde miraban solo había oscuridad: solo un aire oscuro y silencioso. Su señor había recibido su herida mortal en el campo de la batalla de Praga, muy lejos, allende los mares. Estaba de pie en el campo; tenía un brazo en jarras; tenía la cara pálida y rara, llevaba la capa blanca de mariscal.

¡Qué frío y raro se hacía pensar en todos! Toda la oscuridad era fría y rara. Había caras pálidas y raras, ojos grandes como lámparas de carruaje. Había fantasmas de asesinos, figuras de mariscales que habían recibido una herida mortal en campos de batalla muy lejanos, allende los mares. ¿Qué querían decir con esa cara tan rara?

Oh Señor, te suplicamos que visites esta habitación y alejes de ella todo...

¡Volver a casa para las vacaciones! Eso sería estupendo: sus compañeros se lo habían contado. Subirse al coche a

¹⁸ Existía la leyenda de que un miembro de la familia Browne, que antaño había sido propietaria del antiguo edificio, el castillo de Clongowes Wood, se apareció en forma de fantasma a sus criados justo en el momento en que moría enfundado en la capa blanca de mariscal austriaco en la batalla de Praga (1757). Los criados dijeron que vieron al fantasma subir las escaleras y meterse en la habitación donde estaban sus hermanas; pero sus hermanos dijeron que no habían visto nada.